

Anne Vernet

Construir: de la heterotopía a la autonomía (Tópico castoridiano)

“Hay, probablemente en toda cultura, en toda civilización, lugares reales, lugares efectivos, lugares que han sido trazados en la misma institución de la sociedad, y que son una especie de contraemplazamientos, de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los demás emplazamientos reales que se pueden encontrar dentro de la cultura, están simultáneamente representados, cuestionados e invertidos; una especie de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sin embargo sean efectivamente localizables. A estos lugares, porque son absolutamente diferentes a los emplazamientos que ellos reflejan y de los que hablan, les llamaré, por oposición a las utopías, las heterotopías”

Michel Foucault, Dits et Ecrits, 1984, pp. 46-49

Anne Vernet es miembro del consejo de apoyo a Trasversales. Doctora en Ciencias del Lenguaje y escenógrafa. Autora de las novelas *La Seconde Chance* (2009, éd. Sulliver) y *Un trop-plein d’espace* (2010, éd. Sulliver).

La teoría castoridiana se revela a mi juicio la única que permite unificar el laberinto de heterotopías en las que (nos) combatimos, unificarlas sin perder al hacerlo el principio que las anima: el principio de autonomía, nuestra autonomía.

El sueño vital

Haré primero algunas consideraciones preliminares, para desarrollar después una hipótesis que quizá permita situar, con otro espíritu y de forma abierta, la candente cuestión del “valor”, sobre la que se apoya el proyecto revolucionario.

Cuando hablamos de Significaciones (Imaginarias Sociales: SIS) hablamos de sentido. Lo que se cuestiona en Castoriadis a través de las SIS es la producción (no marxista, producción como necesidad psíquica) de sentido. En tanto que apertura de sentido, ninguna SIS puede ser identificada ni manipulada: “ni forma, ni representación, ni concepto”.

Una SIS, considerada en el ámbito colectivo, sería algo similar a lo que el sentido de un sueño es para la psique. Sabemos que los sueños son necesarios, desde el punto de vista psíquico e incluso desde el neurológico. Sabemos también que un sueño nunca reviste un solo sentido, una sola significación. Lo propio del sueño es hacer estallar la significación, lo que el Surrealismo había comprendido muy bien antes del dogmatismo de Breton. Hacer estallar la significación no quiere decir abolirla ni abolir su necesidad. Simplemente quiere decir que algo escapa, y escapará siempre, a la racionalidad sometida a un “dogma” ensídico (conjuntista-identitario): no hay equivalencia cerrada entre una forma (un concepto, una representación) y su “Significación”.

La humanidad se pasa el tiempo soñándose, y no demostrarán lo contrario nuestros esfuerzos de “hiperracionalidad o “hiperdialéctica” (Merleau-Ponty): desde el punto de vista de Castoriadis, tanto la hiperracionalidad como la hiperdialéctica son emanaciones imaginarias que cuando son absolutizadas se convierten en medios del deseo y de la *hubris* (desmesura). Lo que, precisamente, plantea esta pregunta: ¿dónde encuentran su legitimidad la racionalidad y la dialéctica (todo el arsenal de las manipulaciones y creaciones ensídicas) y dónde se encuentra la posibilidad de articular la fusión entre imaginario (deseo) y racionalidad (realidad)?

Nos pasamos el tiempo soñándonos, aspirando a “la verdad de lo real” o a la “realidad de la verdad”; ocurre incluso en las locuras científicas más cosificantes. Del sueño a lo imaginario, todo encaja. Y entre el sueño y el delirio hay poca distancia. Así se constata hoy cuando parece realizarse el cinismo absoluto de esta frase de Kleist: *La vida no vale nada cuando se la respeta...*

No hay que tomarse a broma esas palabras, tanto más cuando en la actualidad ese substrato del sueño que sostiene lo imaginario es lo único a partir de lo cual se puede

reconstituir, si no constituir, una unidad humana vivible que no haya sido mutilada en provecho de racionalidades delirantes que reposan en tantas otras creencias sustitutivas de lo real.

Así, cuando nos preguntamos por el concepto de “valor”, particularmente en la obsesión económica que marca el pensamiento contemporáneo y su crítica, entramos en contacto con una SIS fundadora y multidimensional, pero cuya razón de ser profunda puede resumirse en “la vida de todos como el valor mismo”.

Vida del conjunto y de la especie, ley biológica que contiene intrínsecamente su corolario en la humanidad: la vida de cada individuo como “obra” única y singular. En esto, el sueño descubre toda la potencia antropológica de su función vital.

Querría ahora esbozar de qué manera la tópica castoridiana puede proveernos de las mejores bases practicables para articular un fusión entre lo social y lo imaginario.

El Juego, primera praxis del sueño

El juego somete necesariamente la “omnipotencia” fantasmagórica de lo real (es decir, nuestra incognoscible mortalidad, la Verneinung¹ freudiana) a lo imaginario (Castoriadis: “La psique encuentra su placer en las representaciones y solamente representándolas”). La representación, o la institución cuando se trata del ámbito colectivo, da a la psique la posibilidad de crear sentido y al imaginario la de instituir significaciones.

Necesidad psíquica, social y antropológica

En el seno de la función del juego hay, por tanto, un vínculo, fuerte y sutil, con la economía (supervivencia alimenticia, es decir, relación directa entre la muerte y el “valor” vida), particularmente un substrato de la relación con el dinero que quizá, al menos en parte, permite ahondar de manera un poco más sana en una cuestión presente incluso en el juego implícito de los duelos ideológicos, ya que la complejificación de

la ley posmoderna del intercambio ha instituido también este juego: la elucidación de la naturaleza y el objetivo del factor juego y de aquello que él nos dice y puede entenderse, tanto en el plano psíquico como sobre el del imaginario económico, teniendo presente el vínculo asociado a mi hipótesis sobre el juego como supervivencia psíquica frente al “gran juego” de Tánatos, en el que, a fin de cuentas, siempre somos perdedores. Cada uno alimentamos en el fondo la utopía del superviviente: vencer a Tánatos. No podemos hacer nada al respecto, hemos nacido. Nacidos con esto.

Tres profesiones imposibles: política, pedagogía, psicoanálisis

¿Por qué Castoriadis define estas profesiones como imposibles? Porque no deberían constituirse en estatus, emparejando indebidamente autoridad y relación mercantil: estos estatus sellan el carácter heterónimo de la organización social y por tanto, según Castoriadis, la imposibilidad del ejercicio adecuado de estas profesiones por *vocación*.

Con frecuencia se aborda este estatus heterónimo de la profesión política, junto a algunas pistas para otra organización que apunte hacia la autonomía, en muchos casos tomando Atenas como referencia. También se ha abordado la misma problemática respecto a la pedagogía, en el caso de Castoriadis reflexionando sobre la *paideia*. Pero respecto al psicoanálisis este tema ha sido abordado muy pocas veces.

Insisto en este factor porque, sospechoso de “burgués”, ha sido esquivado en las reflexiones sobre la practicabilidad revolucionaria de un imaginario social histórico de la autonomía. No obstante, la inteligencia de Castoriadis le llevó a no situarse nunca como psicoanalista profesional, posición de autoridad que aislaría el psicoanálisis, entendido como estatus y privatizado, y bloquearía la comprensión global de la simbiosis entre las psiques y el imaginario social histórico.

Por mi parte, opté por rechazar el estatus (profesional) de analista, lo que me abrió una nueva comprensión de la posición de Castoriadis: si éste no se sitúa como psicoanalista profesional, aunque toda su obra se apoye en esta práctica y su reflexión, es porque recusa ese estatus, imposible de sostener en su perspectiva. Pero si ese estatus debe ser abolido, en cambio la formación, la práctica y el ejercicio analíticos son indispensables para la organización de la sociedad autónoma, razón por la que la voz rigurosa de Castoriadis llama a que cada cual tome ese camino de investigación.

Porque, en efecto, esa práctica, la del análisis más allá de su “imposibilidad profesional”, sacará al psicoanálisis de lo privativo. En la sociedad autónoma todo analizado está llamado ipso facto a ejercer la función de analista, pudiendo recibir la formación precisa y ejercerla con las precauciones requeridas, a saber: ninguna implicación personal en la relación analítica, condiciones rigurosas, análisis del analista, es decir, reflexividad constante, no explotación y confidencialidad absoluta.

Este dispositivo íntimo de la reflexividad, en la perspectiva de la autonomía, contiene entonces una posibilidad de regulación ética y social, horizontal e igualitaria, que evita apoyarse en mandatos heterónomos a los que “obedecer”. Si se le respeta cuidadosamente, el dispositivo analítico se hace así el lugar por excelencia de desactivación de la *hubris* (desmesura).

De resultas, tal espacio relacional de trabajo sobre la reflexividad, fuera de todo marco estatutario autoritario y/o mercantil, invalida absolutamente la idea consejista (o libertaria) de someter a cada uno al juicio y a la evaluación de sus semejantes, ya que eso perpetuaría de manera enmascarada (perversa o simplemente inconsciente) una dictadura del valor que sólo podría desembocar en la paralización del funcionamiento de la sociedad autónoma.

Lo que llamamos *psicoanálisis* en su estatus heterónimo se convierte entonces en

uno de los modos esenciales de relación humana y social en una sociedad autónoma, aunque sin identificarse con los modos convencionales (instituidos) por la práctica actual del psicoanálisis y sus estudios universitarios. Ciertamente, responderá siempre a la misma necesidad: pacificar los sufrimientos, ya que los traumas o las ansiedades no estarán excluidos de la vida en la sociedad autónoma, ya sean duelos, pérdidas, accidentes, experiencias límite de naturaleza psíquica, catástrofes, fracasos, violencias, etc. Incluso podría pasar lo contrario, ya que, según Castoriadis, la sociedad autónoma está “más cerca de los peligros y de la destrucción”.

Lo mismo ocurre con la pedagogía y la construcción política, hoy trabadas por sus estatus heterónomos: se transformarían en los otros dos modos de la relación social autónoma. Insisto en que no podemos referir estas profesiones a “funciones”: se trata de relaciones...

La autoorganización social implica colocar la relación en primer lugar de toda acción instituyente. Exactamente de eso se trata cuando Castoriadis pone de manifiesto las “tres profesiones imposibles”. Como tales, como estatus, transportan la organización heterónoma a la intimidad (pedagogía, psicoanálisis, cabina electoral), donde la dejan bien atornillada. Tan pronto como su estatus desapareciese, inevitablemente se transformarían, en calidad y en creatividad, en relaciones.

Vínculo con los tres espacios de la socialización autónoma

Hago ahora una segunda hipótesis: estas tres relaciones (psicoanálisis, pedagogía y política) se corresponden con las tres esferas de la organización social autónoma descritas por Castoriadis: el oikos privado, el ágora del debate, la ecclésia de las decisiones políticas. El ejercicio analítico, o más bien su circulación, se correspondería con la esfera privada, de la que cuesta tanto precisar el contenido si no la dejamos abandonada a la idea que se impone hoy sobre lo

privado, apoyada, principalmente, sobre la barrera del mutismo.

Precisamente, el objetivo del análisis es la desprivatización: en él, el individuo es llamado (por su propio sufrimiento o su malestar) a dejar de estar, en ese dolor, privado de sí mismo, de su libertad, de su aptitud a la felicidad y de su facultad de juzgar.

Al igual entonces que la relación analítica se inscribe entonces en la completitud de ambas funciones (analizado / analista) en el individuo, la pedagogía (paideia), en cualquier edad, progresa también, en y por cada persona, en una completitud semejante: enseñante / enseñado, lo que nos parece hoy bastante “normal”, aunque la heteronomía actual pervierte esta reversibilidad sometiendo a todos a la eterna función de “discípulo”, eufemismo utilizado por muchas sectas para encerrar a sus fieles en la ignorancia.

La pedagogía corresponde a la esfera del debate del *ágora*, lo que, dicho sea de paso, emancipa lo educativo de la autoridad de la problemática privada... Igualmente, en la *ecclésia* del campo político se reencuentra la misma reversibilidad activa esperada de la autonomía, aquello que Castoriadis define por la capacidad de cada uno de “gobernar y ser gobernado”. Salvo que aquí “ser gobernado” no significa ya pasividad, ya que el ejercicio de los dos espacios precedentes, de sus modos de relación y de sus prácticas (análisis y paideia) libera precisamente de toda pasividad.

Conclusión

La articulación de los tres espacios y de las tres relaciones (o “profesiones imposibles”) redistribuye totalmente y de manera muy distinta la cuestión económica (en los términos en que la sufrimos hoy) y llega incluso a abolir sus referentes. Aparece entonces la función Juego de la sociedad autónoma (allí, sí, se trata de una función, como el sueño) y el júbilo presente en todas las formas de ella que puedan ser inventadas, júbilo hoy bloqueado por la heteronomía económica:

-El juego entre los tres espacios, sobre los que Castoriadis subraya que no son espacios estancos sino que se articulan: en la práctica contemplada como logro de la autonomía deben hacerlo tan libremente como sea posible;

- Desde el momento en que es suprimido el estatus que ratifica el vasallaje ante la heteronomía reinante de los tres modos de relación que instituyen estos espacios, hay, consustancialmente, un juego entre esos modos. La palabra “profesión” reencuentra su sentido de expresión reflexiva.

- Por fin, todo la discursividad “moral” desplegada hoy en torno al valor (en términos exclusivamente económicos y carnalmente financieros) puede aquí, en el ámbito del juego o en el del sueño, encontrar la ocasión de una apertura, de una inventiva y de una creatividad por fin verdaderamente revolucionarias y sostenedoras de la mutación que hay que asumir, incluso aunque fuese el ámbito de una nueva esperanza “conjuntista-identitaria” que sostuviera la fuerza del imaginario en vez de esclerotizarla en el dogma ensídico.

La coalescencia o fusión a instaurar no necesita símbolos intermediarios, máscaras de la heretonomía. No es tampoco adherencia. Ni fijeza pseudo sociológica, instituida desde sideral altura y que cosifica a cada persona en roles, funciones o estatus. Se crea sólo por la relación (ayuda mutua, cooperación, cocreatividad) y subsiste sólo circulando libremente desde la desprivatización a la construcción política, pasando por la apropiación singular de un saber colectivo siempre abierto.

Esto no tiene nada que ver con el “capital autómatas” ni con su corolario obligado, el “humano autómatas”. Ya que cosificarle en el objeto era grave, como prueba el valor erigido como “sujeto”.

Esto me da la ocasión de precisar algo a propósito del empleo que puedo hacer (intento ser austera) del calificativo “autónoma” aplicado a la “complejificación” de la economía actual. En este ámbito, entien-

do ese término de la misma forma que se entiende en psicología, es decir, cuando una “función” o un “complejo” psíquico se emancipa de la autorregulación del conjunto (la psique en su supuesto “estado sano”), como en la neurosis y la psicosis. Siempre me refiero a eso cuando uso el término a propósito de la economía, en la que el carácter “autómata” es sólo el síntoma.

Es probable que el carácter autónomo de la economía se pusiera en marcha hace ya mucho tiempo, probablemente desde principios del siglo XIX, es decir, desde la época que inspiró a Marx. Esta autonomía, como en la neurosis de un individuo, conduce a que el conjunto social-imaginario dependa de esta anomalía (alienación, en el verdadero sentido del término). Por supuesto, estoy haciendo una analogía. Pero la realidad social actual tiende a confirmar la hipótesis. En cambio, lo que esto puede mostrarnos es cómo, cuando una “función” social desmesuradamente complejificada (hiperracionalizada) se autonomiza en detrimento de otras, se instituye en relación al resto como impuesta desde exterior, como heterónoma.

Me pregunto si en esto no habrá algo interesante que sea útil para aclarar cómo se impone esta “heteronomía” sin más aclaración (incluso en Castoriadis) en cuanto a su génesis. Igualmente, podrá echar luz sobre las condiciones de la autonomía efectiva y realizada: depende intrínsecamente de una capacidad política colectiva de vigilancia que debería consistir en neutralizar toda clausura y, sobre todo, toda “captura” de un espacio o función sociales, en detrimento de otros.

Notas de traducción

(1) *Verneinung*: negación, mecanismo verbal mediante el cual lo reprimido es reconocido de manera negativa por el sujeto, sin ser aceptado. Freud: “un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar”.